

cillamente se cambie. Venimos a saber más tarde que el ritmo adoptado, y que a veces tuvo apariencias de magnífico, nos triza y nos hace estallar lo mismo que la mudanza de calor y frío triza y rompe los cuerpos. La costumbre constituye el tejido de muchas almas pareciendo ser únicamente la rutina de muchos cuerpos, y cuando nos la descuajan, el desgarrón se siente en las entrañas que era donde remataban sus hilos.

En apariencia la tierra es un negocio exclusivamente viril y la mujer, que rara vez cultiva, no tiene por qué preocuparse de él. En verdad la tierra la defiende el hombre, pero la defiende para la mujer.

Eso que llaman—la riqueza mueble—acciones, bonos, valores en general—y que yo llamaría la aventura acostada en papeles numerados, es un lote inventado por el hombre. La mujer sensata casi siempre cree poco en eso, aunque saque de ellos vestidos y perfumería; la mujer cree en la propiedad de ver y tocar, en el predio deslindado, en la granja, y en esas cosechas casi seguras o seguras de donde sale desde su mesa hasta la ropa de su niño.

Cuando el padre, el marido el hermano hipotecan esa lonja labrada, la mujer es la única que llora, que siente en ese suelo una calidad de carne y se duele de la pérdida como de una amputación.

Cuando los pueblos primitivos asignaban al hombre el fuego y el aire como elementos suyos y señalaban a la mujer la tierra como su lote, tenían razón redonda, y acertaban en plano, y más acertaron dando a la costra cultivada nombres femeninos, como Ceres o Pomona o Diosa del Maíz.

El hombre tiende a trocar su bien, a arriesgarlo y también a jugarlo. Él es jugador por excelencia, y para decir esta temeridad yo me acuerdo de los hombres y mujeres que yo he contado en torno del tapete verde. La mujer tiende a volver la ganancia del hombre, cuerpo estable y disfrute sin riesgo, en casa o predio. El mundo habría sido puro nomadismo y fuego fatuo de aventura incansable si no le ponen al Adán la Eva al costado y en ella la responsabilidad de los hijos.

Siguiendo en esta línea de permanencia, la mujer crea sobre la tierra pesada de la que está segura, las costumbres que traen también su plomo adentro.

El hombre recibe o hace la religión como una llama que lo empuja hacia lo desconocido, y la mujer poco a poco transforma esa misma religión, de la mística pura que era, en la ética positiva y, a veces, en la vulgar policía del hábito, es decir, en aprovechamiento. La mujer pide al hombre el matrimonio cuando él le ofrece el amor; la mujer nunca le solicita que vaya a la guerra, pero acepta su partida cuando la guerra se vuelve distinta de la aventura y se llama la guardia de los bienes. Hay una gradación infinita de las exigencias femeninas al varón, y, desde la primera a la última, éstas se resuelven en posesiones materiales que son las de su preferencia.

Después de considerar dichas grecas del carácter femenino, es curioso darse cuenta de que la mujer de nuestra raza no observe la desgracia que ocurre a lo largo de nuestro Continente en esta hora, y que no salte a defender el suelo que es la posesión máxima. La que escribe estas líneas necesita ser campesina de origen, campesina de costumbres y campesina voluntaria o deliberada, para que el problema le golpee el corazón después de quemarle los ojos con los que ha mirado la venta paulatina de la América nuestra.

Un amigo me daba en Nueva York hace meses una estadística hecha por él silenciosamente sobre la distribución de la propiedad en su provincia. No quiero yo nombrar el país de que se trata, pero puedo asegurar que el dato es terriblemente verídico; un tercio del suelo ha sido enajenado en esa patria latino-americana y el traspaso se ha cumplido en unos treinta años. Uds. no llamarán alarmista a la persona que calcule la pérdida de otro tercio de suelo para treinta años más. La calamidad va de prisa como el despeñamiento en la tragedia griega y esta tragedia es la única digna de tal nombre en cualquier nación.

Nuestros países ideólogos viven de ilusiones infantiles o de especulación pedante; parecemos niños en la mitad de nuestros actos y gente senil en la otra mitad. Mu-

*Gabriela Mistral*

San Juan, Puerto Rico, 1931.

## **La prostitución y el capitalismo...**

(Viene de la página 168)

engañado, han sacado de sus hogares y han introducido en los prostíbulos. Las familias de estas muchachas, llenas de "dignidad", no han querido saber nada de ellas, y otras, a pesar de haber hecho indagaciones, no han podido averiguar su paradero. Así se explica que mujeres de buenas familias se vean totalmente aisladas del mundo y tengan que resignarse a la esclavitud sexual.

**La prostitución y la ley.**—En algunos países, las organizaciones de trata de blancas trabajan y funcionan clandestinamente. Claro que su clandestinidad es bastante relativa, pues aunque las leyes del país prohíben la prostitución y los prostíbulos, en cambio los protegen hombres influyentes que acuden a ellos a satisfacer sus vicios.

Pero hay otros países, como, por ejemplo, España, donde la ley permite la prostitución y los prostíbulos con un descaro asombroso. La misma ley que niega a las mujeres el derecho de ciudadanía y hasta el derecho de manejar su dinero.

Los curas y las monjas, que en España son una de las bases de la sociedad capitalista, hacen todo lo que pueden por mantener a las mujeres en la más absoluta ignorancia y en el más perfecto analfabetismo. Y nuestras leyes, que consideran que la mujer es irresponsable, igual que los niños y los dementes, permiten que se engañe y se pervierta a estos seres "irresponsables"

cha consideración rodea entre nosotros un acta de independencia que en verdad independizó a un décimo de la población; mucha dignidad otorgamos a una Constitución que nos llama libres "a todo trance" y que nos ha echado sobre el cojín de pluma de la confianza, desde el cual no levantamos la cabeza para saber si seguimos siendo libres; mucha oda y mucho orfeón enderezamos en torno de nuestros héroes políticos.

Desde 1810 hasta hoy, la época se ha volteado como un bolsillo, y las palabras independencia, libertad, y heroísmo, corresponden a realidades nuevas, terriblemente mudas. De esta manera nuestra vida nacional sale menos de una Cámara legislativa que de una Cámara de comercio y agricultura; un héroe cortado para este tiempo será el botánico que cure en el Ecuador la plaga del cacao y un salvador con mayúscula mesiánica en el nombre, será aquel que nos mude la organización social de cuajo, acicateado y urgido por el hambre de la población y las poblaciones.

Tierra nuestra podemos llamar solamente a aquella que según las listas de los Municipios, muestre nombres y apellidos nacionales en la inscripción de la propiedad; riqueza nuestra es aquella cuyo caño abastecedor, sea de petróleo, de goma o de maleza, sea sostenido por manos propias, por las manos de nuestro color.

y que se les encierre en prostíbulos, para que los hombres "responsables", y curas "cultos" sacien sus vicios.

La ley española—cosa que la sociedad española aplaude—permite, además, que algunos periódicos publiquen anuncios de "caballeros que desean proteger a jovencitas" y otros, mucho más cínicos, que no es necesario citar, porque todo el mundo los ha leído, probablemente. Es decir, se dan todas las facilidades a los agentes de trata de blancas para que cacen a las mujeres legalmente "irresponsables", mujeres que después van a parar a los burdeles de Buenos Aires o de otras ciudades y que, cuando llegan a viejas, son arrojadas a la calle, donde mueren de hambre o, si fueran peligrosas, son asesinadas indirectamente. Todo esto lo protege un país plagado de curas y de monjas, de "representantes de Cristo".

**La prostitución clandestina.**—Esto no quiere decir que si en España se prohibiera la prostitución quedaría el problema solucionado. Mientras perdure el régimen capitalista, la prostitución seguirá existiendo, legal o ilegalmente. En Inglaterra está prohibida la prostitución y, sin embargo, en Londres hay muchas más prostitutas que en cualquiera de las grandes ciudades del mundo. La moralidad capitalista del matrimonio por dinero, sin amor, y después satisfacer, cómo y donde sea, los deseos